DARÍO: HADO Y HUMUS

GONZALO ROJAS

Valparaíso y él: ningún poeta más de ahí que el joven Darío. Ni el gran Pezoa Véliz ni el mismísimo Neruda. Es que *Azul* (1888) y Playa Ancha donde azota el oleaje desde el principio del origen —¡donde el vidente vio!— hacen, cómo decirlo, un todo y ese todo es el mito. Más claro, hay ciudades con mito y ciudades sin mito y alguna vez lo habré dicho: no basta con amar a Valparaíso; hay que merecerlo, y no es cosa de pregoneros de la hermosura o, más menesterosamente, de liridas de vecindario. Valparaíso nunca fue villorio. Tal vez no fuera fundado con acta de invasor pero el que vino a fundarlo de una vez y para siempre y a fijar el mito fue ese mestizo de veinte años que todavía anda entre nosotros. Lo habré visto fugaz como por encantamiento, lo habré entrevisto entre ascensores y otras ruedas vertiginosas yendo–viniendo de un Cerro Alegre real a otro irreal, pero el aparecido se me da intacto todavía en la ventolera. También tuve mi puerto por diez años y entonces sé lo que digo: poeta que entra en ese hondón no vuelve a salir. Poeta que entra de veras, se entiende. No hay lugar metafísico ni párrafo del planeta comparable. Por eso no es azar que Darío escribiera palabra de fundamento en esas arenas al cierre del otro siglo. "Was bleibt aber, stiften die Dichter": pero lo permanente, eso, lo fundan los poetas. Claro que el *vagamundo* siguió fundando lo mismo en su Buenos Aires que en sus Parises o sus Madrides, o en cada una de sus moradas múltiples, hasta volver, ya terminal, para decirlo con su música, transido de misterio y de cirrosis, a su Nicaragua natal. Piensa uno en Darío y en los 49 que le dieron los dioses, que sumados por dentro hacen el número fatídico, y calla; piensa uno y calla con callamiento mayor ante ese dicho suyo tan severo: "Qué queréis: yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer". De veras, casi todo es otra cosa.

Personalmente, mi primer rehallazgo de él en Valparaíso fue el 34, a los 16, sobre abril, recién desembarcado en el espigón, a metros de la plaza Echaurren me parece. Pasó veloz y me miró sin verme. Yo sí lo vi, por dentro. Como ven los poetas atrapados en esa relación dialéctica que nos aproxima en el proyecto de decir el mundo. Está escrito que todos venimos de otro y otro y otro en esta especie de parentela de la sangre imaginaria. Esa vez el adolescente era yo, el larvario, y ya me había leído a mi Darío en su ritmo de oro, o lo estaba leyendo como hasta hoy a los ochenta. Porque, eso sí, con los poetas grandes no se termina nunca. De ahí aquello de *Darío y más Darío*. Me lo estaba leyendo y me encontré con él y eso fue todo; en lo destartalado y lo sinuoso de tamaño laberinto. Como más tarde vine a encontrarme, andando décadas, con Vallejo en París. Apariciones y desapariciones.

Volviendo al juego interminable de los pasos perdidos, recuerdo que cuando Martí dio con él en New York le dijo "¡Hijo!" con alegrón genealógico y eso para Darío fue palabra entera sellada a corto plazo por el martirio del cubano. No siempre opera así la filiación oscura entre los poetas, pero el autor de *Los raros* (1896) registró las afinidades electivas con grandeza, los injertos, las claves, los sosiegos y desasosiegos en el oficio, incluyendo las conductas. No le fue dado regresar a Chile pero mantuvo fresco el diálogo y allá por 1912 acogió textos mistralianos y los publicó en París; asimismo supo de *Azul*, revista de Huidobro en Santiago. En cuanto a los dos Pablos no hubo pacto mayor, salvo las resonancias naturales. Por lo demás el ascenso de las vanguardias en el país acallaba los grandes ritmos pitagóricos del maestro al promediar la primera guerra mundial. Debieron pasar casi veinte años (1934) para que dos poetas de jerarquía, Lorca y Neruda, brindaran en Buenos Aires una copa de diamante a las estrellas por el progenitor, en un diálogo al alimón por demás hermoso. Siempre he pensado que sólo los poetas son capaces de descifrar el sistema imaginario de los poetas. De ahí mi reticencia a la pululación casi bacteriana de los letrados cuya hermenéutica reduccionista empobrece el portento visionario, como hace por ejemplo C.M. Bowra en su conocido examen antidariano *Inspiration and poetry* (1955). Lo preferible, claro está, es la urdimbre ciencia e intuición, pues la naturaleza de la poesía es difícil. "Te amo porque eres difícil", pensaba Valéry. Y hay casos de poetas indis-

cutibles como el español Luis Cernuda o el chileno Enrique Lihn que rechazan la obra del nicaragüense. "Darío reina pero no gobierna" afirma el primero y al segundo le asiste la evidencia de que es un poeta de *segunda clase*. ¿Qué no se ha dicho, en fin, y se sigue escribiendo en marea bibliográfica amenazante sobre el Darío de todas la horas a propósito de su vida, de su plasmación verbal y hasta de su muerte? Ahí está su poesía para que cada lector gane o pierda a su "padre y maestro mágico" como pueda; pero ahí va también el oleaje —la resaca— de los grafómanos del modernismo que quieren descifrarlo todo con unos cuantos datos más y la urdimbre exégetica interminable, de aparato casi siempre abstruso.

¿Y hoy?, ¿qué pasa hoy a dos metros del dos mil, en este plazo obsceno de consumismo y fanfarrias? Lo leen, no lo leen; pero la pregunta es otra: ¿a quién se lee? Vocales: ¿qué será eso? Sílabas, ¿qué será? Lo acusan de todo al fundador: de *viejo–retro* y fuera de uso; de silvestre. De elocuente lo acusan, de enfático y sonoro, ¡los afónicos míseros! De sobredosis de cántico. Oiga el que tenga orejas, pienso yo. Pero es tal el estruendo publicitario y vergonzante que ya nadie oye a nadie en el carrusel. No es que la palabra misma esté en tela de juicio, conforme a la conjetura de Vallejo: "¡Y si después de tantas palabras no sobrevive la Palabra!"; lo que pasa es desidia y liviandad ante el oficio, y literalmente no hay oficio. Cuando uno escribe hondo se le acusa de *denso*. No hay desvelo por la palabra y cualquier verso de *Azul*, por espléndido que sea, les parece irrisorio a los que se dicen estar de vuelta de todo. Cito esta línea por ejemplo del Darío primerísimo: "Venus desde el abismo me miraba con triste mirar". Ya ahí anda el zumbido de las pubertades cíclicas de su temple y el lenguaje inagotable del murmullo del que hablaba Breton. No le es propicio el día para decirlo parco aunque casi todo empieza en él. Ni insistiré en lo que saben las estrellas que siempre saben más: no hay resurrecto incesante en el idioma más necesario que él, de Juan de Yepes a Góngora, de su Quevedo tan amado hasta Vallejo. Leído ayer 2 de octubre del 97 en un diccionario de símbolos: "entrar en el azul equivale a pasar al otro lado del espejo". Otra cosa: Omar Cáceres, que no figura y sin embargo es, hizo diana con un título de un poema bellísimo: *Azul deshabitado*. Que es como decir: soy un habitante, pero ¿de dónde? Todo confluye, ya se sabe. Me puse a *difariar*, como dicen los campesinos de Chillán de Chile, o a desvariar sobre mi Darío y me salió mi puerto. Será no más que los dos me ventilan el seso con oxígeno único.

Está escrito que los poetas entran limpiamente en los poetas, y no por servidumbre, antes bien por natural desafío, pasando por encima de los padres. Los leen mal como piensa Harold Bloom para repristinar el juego. Todo eso en el vaivén de la tradición y la invención. De ahí que las claves de los poetas sobre los poetas sean más de fiar que los informes clínicos de los expertos llamados críticos. Habré leído veinte, treinta estudios sistemáticos de primer orden sobre la poesía y la poética dariana, las alabanzas y las detracciones; nada alcanza la altura y la profundidad de *El caracol y la sirena*, ese ensayo del 63, de Octavio Paz. Asimismo es imperativo consultar a Borges, que no se casa con nadie, quien rescata los aportes del modernismo hispanoamericano con estas palabras: "Dos poetas del norte, Edgar Allan Poe y Walt Whitman habían influido esencialmente, por su teoría y su práctica, en la literatura francesa; Rubén Darío, hombre de aquí, recoge este influjo a través de la escuela simbolista y lo lleva a España, donde no es ningún forastero. Se ha incorporado a la tradición nacional, y se habla de él como de Garcilaso o de Góngora". Por su parte Unamuno, que alguna vez cayó en la mofa altanera diciendo que se le veían las plumas de indio debajo del sombrero, terminó arrepentido con reverencia "ante el indio que temblaba con todo su ser como el follaje de un árbol azotado por el cierzo, ante el misterio". Y Lorca el 34, al presentar a Neruda en el Ateneo de Madrid, cómo celebra "el tono descarado del gran idioma español de los americanos, tan ligado con la fuente de nuestros clásicos" y cómo exalta en primer término la prodigiosa voz del "siempre maestro Rubén Darío". Por su parte, Vallejo dirá lo suyo: "Toda la producción hispanoamericana, salvo Rubén Darío, el cósmico, se diferencia poco o casi nada de la producción exclusivamente española". Y Huidobro, el irreverente: "Estos señores que se creen representar a la España moderna, han tomado la moda de reírse de Darío como si en castellano desde Góngora hasta nosotros hubiera otro poeta fuera de él. Pobre Rubén: puedes dormir tranquilo. Cuando todos hayan desaparecido, aún tu nombre seguirá entre dos estrellas". Así el movimiento pendular de las adhesiones y rechazos, pero, como la poesía se defiende sola y se explica desde su propio ejercicio, dejemos que suba o que baje, o que se retire como las mareas para volver a la vivacidad de su equilibrio. Acordes con el principio de que hay que defenderse del culto a los hombres, por muy grandes que aparenten ser, dejemos en paz a Rubén Darío. Ya su vida fue una tumba sin sosiego, como diría Palinurus: y suficientes vueltas se estará dando donde esté; tantas o más que antes de venir a nacer en Metapa (Chocoyos) ese 18 de enero del otro 67.

Cuando murió el dieciséis, el planeta empezaba su giro girante a una velocidad desconocida, y los poetas mismos saltaron fuera de su órbita. Justo el

año dieciséis Vicente Huidobro —ese juego oscuro de pasarse la centella— publicó en Buenos Aires otras claves para esta poesía de fundación:

> que el verso sea como una llave
> que se abran mil puertas

en su primer viaje a París. No fue el único por supuesto en la germinación increíble. Ahí la Mistral, Vallejo, Neruda, para decir tres nombres: estallaron los volcanes.

Seducidos por la eterna juventud y el *non omnis moriar* siempre a cuestas, nada empieza ni termina con nosotros nos diría acaso Darío si viniera.

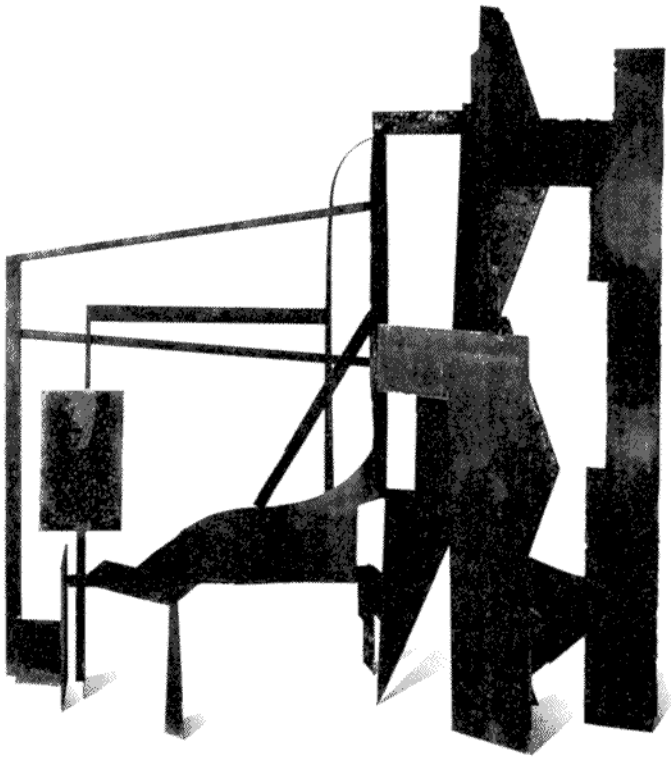
No pasarnos de listos en esto de enterrar o desenterrar a los antepasados, porque de repente el muerto empieza a hablar.

Hijos de la vanguardia que de un momento a otro se ha convertido en retaguardia —todos los demás ismos tienen ya su historia—; apetentes de una modernidad que no cesa desde Rimbaud, adoramos el designio de jóvenes más allá de la cuenta, y qué viejos nos parecen el modernismo y el posmodernismo; hasta llegar a usarlos como insultos. A mí mismo me lo han dicho, y a mucha honra. ¿Quién que es no es romántico? dijo él mismo una vez.

Darío tuvo conciencia plena de que él no era "el modernismo", y que la obra ("mi poesía es mía en mí") no es escuela o intención sino palabra viva.

¿Qué se ficieron las vanguardias por aquí abajo? Cosa de expertos, que me está vedada. ¿Qué fue de tanto futurismo, de tanto *imagism*, de tanto expresionismo, de tanto *dada*, de tanto surrealismo, de tanto *beat* y tanto *angry*? (El otro día se nos murió Allen Ginsberg en New York, a quien traje a Concepción de Chile en 1960). ¡Nunca habrá un juicio final para los poetas!

Ahí está este hombre —hado y humus— que nos hizo más terrestres. Ahí, intacto. Acusarlo, procesarlo y hasta condenarlo parece cosa fácil; pero la balanza es difícil, porque de un lado está Darío y del otro lado también está Darío. ◄



Miguel Ángel Alamilla: Construcción I